El pequeño héroe del Arroyo del Oro

PRIMER RELATO DOCUMENTADO DE LA VIDA DEL HEROICO NIÑO, ESCRITO EXPRESAMENTE PARA "EL PAIS"

Por PEDRO DE SANTILLANA

Dibujos de PERA PLATA

—[Diablos! — Rezongó la voz del viejo, que al resistirle un sustantivo de calzo. Y cuando llegó el pequeño periodista con sus grandes ojos azules en una expresión interrogante:

—¿No leído otro todo a diario tú? — dijo bruscamente

— ¿yo diario, Pepe, amigo?...

—¡Pero, tata viejo!...

El viejo no le dejó terminar la frase. Tenía un genio de todos a los cuarenta del año. El almagre tenía rasgos simples, y no era raro de que se pergeño de cuarto años de edad, que no sabía leer siquiera, sin el había enseñado a leer en las fibras entrañables de los sentimientos y que nuestra amistad el pequeño amanda diaria rivalizaba por los cuentos del Tártaro y la Cándida de Dinotán, diariamente en todo momento explicar cuáles que él, pensaba feliz y saludaba, y hasta andaba, lo que él mismo pudo comprender. El viejo Juan Dima no quería que absolutamente otra cosa que ellos Dinotán quien no con inteligencia la hacía completamente una necesidad de niñez que había tenido la hacía entonces; Dinotán había comprendido en seguida aquellas, entonces sus carcajadas inquietas de bebito, elaborado al año buenos pantruel; había logrado dicho en todos naturales; había apagado el fuego de sus pudores pequeños que de viejo gruñón entonar dentro cuando de una risa de la que él creía ajena solamente se oía, sobre todo. A viuda, cuando pensaba en la influencia dominadora de su padre, sentía sufrir un desagrado en las venas, cruzadas las sienes y se mordía con saña el labio inferior, lo que le daba un aspecto salvaje. Sin contarse, en repetición de su madre todo a su gusto, terminaba en repetir dos pronunciados, una frase; unas frases sencillas que le desconcertaban, unas sobre de niño, vulgares, a veces una simple pregunta; pero el viejo sentía que las palabras de Dinotán no eran más que las pronunciadas de unos sentimientos que él no podía sentirse; y que ella sintiera ahogadas las voces. Y ya la niñez, la niñez que ahora siente, finalmente resulta á sentir... sobre su niño alegre; más si fuera preciso llegar á retirarse la barba, porque ese se asemejaba más á sus sentimientos y á sus sentimientos tristes.

—¡Ay; nuevos de porquerías — siguió el viejo tratando de hacer cuenta después la voz — ya le he dicho que no quiero que se acerque al "Tordo". Ese no es de aquí, no es de los nuestros; es de una casta ambigua, que de poco hablar de mal en mal pagan como pero nuestro de hombres.

—Pero si Dinotín, entre para, almuerza y te aguarda tanto que oí que el niño se subvenía para en gusto de Juan.

—Ahora menos que nadie, no va a ello durmiendo. Voy allá del mango y tenía que quitárselo cuanto ya a todo el mundo.

—El Lolo se bueno; nos quiere á todos.

—¡No va! ¡Ya también! ¡A ese niño, ese ante! ¡Que ese no entiendan entre ellos, está bien; pero que ningún pretendan a ese, el hijo del Tordo!... Ardid no sabe que ese niño no va a acabar pronto; no sabe — Y aquello fue el el niño con un leve vacación.

El hijo del "Tordo" le había dicho la confianza los recuerdos. El hijo del "Tordo" le había a la necesidad de niño al padre, al "Tordo". La vejez rivalidad que le separó a él todo lo había hecho instantáneamente el corazón. Le importaba que el Tordo hubiera muerto ya: había dejado odiarle; y no estimándole ganado que niño que ahora llegaba de nuestro ha había sacrificado en pueblo contra él. El Tordo tampoco le quiso nunca; y no comprendía en ese el rival en todo: en oveja, en el trabajo, en las prensas, en los amores de la juventud, en mitros y hasta en la hombría. A pesar, recibí. Entre más recuerdos, el viejo Juan sentía concretos años antes hombres Lolo fuerte, glorioso, pero, dentro de un cuplito incapaz de resistir... Lolo no tiene en que virtud, y cualesquiera en su vida. Lolo del mismo que cuando el hijo del Tordo, no podía ser un hombre, pero no podía defenderse, y que cuando se defendía, no podía vencer.

Lo quedaba un recuerdo. El "Tordo" Rosas debía de un hombre ya, que sin duda heredaría los mismos vuelos de viejo. ¿Por qué no confiarse en él la virilidad? Debía ser la hostia los fuertes vacuos de antes, que intimidaban a ese, el hijo del Tordo!... Ardid no sabe que ese niño no va a acabar pronto; no sabe — Y aquello fue el el niño con un leve vacación.

El hijo del "Tordo" le había dicho la confianza los recuerdos. El hijo del "Tordo" le había a la necesidad de niño al padre, al "Tordo". La vejez rivalidad que le separó a él todo lo había hecho instantáneamente el corazón. Le importaba que el Tordo hubiera muerto ya: había dejado odiarle; y no estimándole ganado que niño que ahora llegaba de nuestro ha había sacrificado en pueblo contra él. El Tordo tampoco le quiso nunca; y no comprendía en ese el rival en todo: en oveja, en el trabajo, en las prensas, en los amores de la juventud, en mitros y hasta en la hombría. A pesar, recibí. Entre más recuerdos, el viejo Juan sentía concretos años antes hombres Lolo fuerte, glorioso, pero, dentro de un cuplito incapaz de resistir... Lolo no tiene en que virtud, y cualesquiera en su vida. Lolo del mismo que cuando el hijo del "Tordo"

DIONISIO A LOS 7 AÑOS

"EL JUEGO"

Confundida con sonrisa, se le sorprende la que guarda los restos de DIONISIO red, recreado [illegible] en [illegible] a los 17 años, en el cementerio de Tristán y Uno

El viejo DIAZ, tomado de una pequeña fotografía, debido a [illegible]

DIONISIO A LOS 5 AÑOS

Esto vio. Le ha asesinado ella también. Y ya no puede más. Por una herida tiene que escupirse la vida de su hijo. En una herida tiene.

—¡Mi hijo! ¡La han asesinado! — El grito retiembla, desgarrador, en el silencio de la noche y que hace estremecerse a Edmundo que se disponía a acostarse.

La madre ha abandonado la cocina, para acostar a su hijo que sigue llorando en el regazo del viejo.

Este recibe a hombros en, el cuerpo de su nietecito amado, pero sólo ve ese: no los siente la herida. Tiene sus sentidos entre en un gurí. Para el brazo del viejo es inquebrantable y vuelve a creer sentir en vivirlos, que ahora ellos los brazos con un cumplen de muerte, en el instante en que cesa. Edmundo.

—¡Mi hijo! — Tercer mas débiles palabras.

En aquella sensibilidad, en pocos minutos, envejecida y empobrecida frente al viejo empedernido el enamoramiento se chorilla, tanto un presentimiento y sólo sólo a Luisa fuerte mente el brazo armado de Díaz.

—¿Qué? ¿Qué es esto? — Dijo.

La voz desmereció de Dionisio respondió:

—¡Cuidado, tío; mató a nosotros!

El viejo se reanima de cabo cada vez más entusiasmado.

—¡Matará! — gritó con desesperación. — ¡Matará! — Y gritó todos.

—¡Matará! Hacia mí; luego el cuchillo. Y saltaron afuera, luchando desesperadamente.

¡Para nada!, hablo sido el gurí. Desgraciadamente entró para la casa, donde Edmundo, desarmado. En una hacienda oyó un grito del Edmundo, que hacía más hacia. Mi—a hacia afuera, vió que los dos hombres seguían luchando; pero aquello no debía durar mucho. En tío hacia perdido en aquella pelea y apenas podía resistir.

—¡Todos! — Gritó, enloquecido, corriendo hacia la casa.

Al levantar a la niña el fuerte dolor de la herida del vientre le obligó a soltar los brazos. Se inclinó para ver su angustia, sobre la herida. Era horrorosa. Esta vez el dolor fué más agudo, pero logrando un esfuerzo de voluntad logró no perjudicar. Con la niña apretada contra su pecho, salió para dirigirse al rancho de Edmundo. Ahora los dos hombres seguían luchando brazo-a-brazo. El pasaré frente a la casa de Dionisio que, aterrado, no dió la voz de alarma para impedirlo el algún golpe perdido.

Al fin, cuando pudo disponer un momento corrió hacia la casa del tío, pudo reconocer a Curró [illegible] la puerta. Con un esfuerzo mortal de la fuerza se levantó la voz sobre la de Edmundo:

—¡Dionisio; alcanzarse el cuchillo!

El niño hacía el arma y la encontró sobre una silla. Curró el cuchillo descubrió en los fondillos de la tuerta en el momento en que otra gritó alcanzó de Edmundo era seguido de una maldición del viejo. Quedó clavada en el niño, arrojando que la herida había terminado con la vuelta de la vida. Pero en la herida que produjera la clavada de la fuerza extremidades del abuelo a instintivamente se hizo armado se levantó en defensa defensiva.

Pero las dos mujeres seguían la perfecta locura. Se precipitaron sobre el cuchillo, que Dionisio distinguió [illegible] de los dos era Edmundo. Una mano cayó la otra y se apoderó del arma. Entonces los dos hombres se separaron con un rumor salvaje, casi aullido.

Dionisio corrió hacia el rancho, permaneciendo con la puerta entreabierta para oír. Las caballos relinchaban a lo—lejos y se oyó el chasquido de los cascos que se cruzaban en el camino y que obligaban a los hombres a separarse para una nueva arremetida. De vez en cuando se veía el centelleo de los cuchillos.

Dionisio pegaba sienta los movimientos de los mayores. Por momentos le dominaba impulso de interponerse entre los dos hombres, pero la idea de dejar sola a la niña le mantenía allí. Edmundo estaba herido; los dos gritos lo demostraban, aunque el niño que no fué no era bastante de quejarse por poco rato.

—¡Bum!...

Cayó una de las cuerdas. La otra se tralló como para romperse.

Curró Dionisio con un portazo. Rehó la trazar y se quedó con el oído pegado a la puerta; temblaba de horror

—¡Padre mío!

Los cuadros de horror, en comunidad por salvar a los suyos, que había intentado en vano, le habían hecho olvidar sus heridas que ahora le hacían desfallecer de dolor.

Un golpe dado en la puerta le estremeció.

—Abrí gurí — Oyó que decía el abuelo.

No se movió y el viejo no insistió.

Dos lágrimas se deslizaron en las ojos de Dionisio que cerraron en cruz, yendo una de ellas a extenderse en una mancha de sangre que cubría su mejilla. En silencio alargó una mano en el cumplimiento de su juramento.

Las heridas ya no le dolían; casi no sentía. Aquél se cansaba, y tuvo que alargar un grito de dolor.

¡Las entrañas se escurrían por la ancha herida del vientre. La herida de la ingle no era tan grave pero sí muy dolorosa.

Desgarró una camisa que había a mano y, adaptando dos largos tiras formó una faja con la que se ceñió el vientre, después de recogerse un poco para que se juntaran los labios de la herida.

Un empleo de alivio fué seguido por un golpe en la puerta.

—¡Abrí!

La fué imposible entender lo que decía la voz, si a quien pertenecía, pero el tono imperioso, apagado y violento le dió a entender que era de alguien que necesitaba ayuda. Y abrió.

Trasladó a la puerta a la puerta a la cocina hasta llegado arrastrándose volvió Edmundo; que le miraba con ojos turbios, sobrevino mido de un loco, contraído por el dolor en todos sentidos. Tenía la mano que le tendía en la faja y la ayudó a arrastrarse hasta el rancho. Curró en el rancho; en cuatro saltos aparentemente desmesurado.

Cruzó la primera pieza donde María se hallaba acogida en tender en el suelo en cama, junto a la cama de su hijo que sostenía de la cabeza y la cubría de besos. Silenciosa, arrastrada por el gurí, llega a la pieza interior, el dormitorio de los dos. Dionisio se quita el cinto que ceñía sobre un viejo jaló revuelto de lata, quedó el abuelo en el suelo al borde de la amplia cama matrimonial de madera y de ¿cobre?

Díaz se incorpora como aguantado. En semirio que se había sentado sobre una cama que no era de él, que era del "Zurdo" y que su hija no durmió en ella sino cuando estaba en cinta, profundamente, en un momento durmió en el suelo.

En la otra pieza se había hecho el silencio. El viejo se quitó el poncho, le tendió sobre un cofre de dentro de barritas. Las manos temblaban y tardaron demasiado en tender en cama. Dionisio seguía atento sus movimientos y la leve inclinación de que cada vez se hablaba, después de su cruz.

—¿Vos sos cosa? — oyó la voz del viejo — mañana vamos la cosa. Esto no va a acabar de una vez; vamos a ver después el cual acabará en un rato.

Estaba demasiado; inclinada en vez. Dionisio se incorporó sobresaltado cuando oyó como un ruginio del viejo.

—Ahora mismo mando.

Se dirigió como una sonámbula a la pieza de María Ramírenda definitivamente por el resplandor de la luz tenue que venía de la otra.

Un grito angustioso de Dionisio la despertó bastándola incorporar en en lecho.

—¡Mamita, el viejo le mata!

El viejo, trepezando a en pasa, se hallaba acaso sólo con el cuchillo en la mano. Dionisio, de un salto, hubiera herido al viejo a tiempo para desviar la puñalada, horrizando tranhalear de un empellón.

—¡A mamita, no! — Gimió el niño, a la vez que recibía una monumental caricipiza.

—¡Taita! — gritó María — ¡Al gurí, no!

La angustia alcanzaba a Dionisio, que vela ahora que no llegaría a tiempo para interponerse entre su madre y el viejo, que con la misma extrañeza levantaba.

—¡Que la mata, corré, mamita!

—¡No para vos! ¡Perra!

María tenía un grito desgarrador. El cuchillo del viejo se había hundido en su pecho, unos pocos centímetros debajo por Dionisio que se había colgado del brazo armado.

Una breve lucha media, a la que pone término el gurí con un golpe que hace vacilar al viejo. Dionisio, tambaleando contra a prisión con un cuerpecito al de su madre.

El viejo se ha relenchs. Vuelve al ataque enagenado por la locura.

—¡Salí de ahí gurí! — grita enronquecido.

—¡Mátame a mí! ¡A mamita, no!

El viejo asesta otro golpe. Dionisio le desvió retrocediendo un brazo izquierdo en el que recibe un tajo. Sólo el niño sabe que está herido, para ocultar su dolor grita:

—¡Bueno!

Le responde otra cuchillada acompañada de una injuria. También la detiene con su cuerpo. Esta vez es más agudo el dolor; está herido en la ingle y no puede resistir un [illegible] sordo, casi angustia.

La madre no puede comprenderse de él. Dionisio abri